

EL PRISIONERO DE PAPAZINDÁN

(Del Romancero de la guerra contra la intervención francesa)

—
 ▲ IGNACIO PÉREZ SALAZAR
 —
 †

Treinta y tres años cumplidos,
 Ancha la espalda, alto el pecho,
 Estatura que disfrazaba
 El tosco vigor del cuerpo.
 Ojo vivo y penetrante,
 Corto el poblado cabello,
 Sin un asomo de barba,
 El bigote escaso y recio;
 Hundido sobre las cejas
 Ancho y oscuro sombrero;
 Ninguna insignia en el traje,
 Ningún militar arreo;

Siempre prudente y callado,
 Siempre vestido de negro,
 Con una calma y un modo
 Tan natural, tan modesto,
 Que más al verle semeja
 Humilde y franco labriego
 Que luchador indomable
 Y temido guerrillero
 Á quien los franceses nombraron
 Por su arrojo y su denuedo
El león de las montañas,
 Y que en reñidos encuentros,
 Lo mismo en Venta del Aire,
 Zitácuaro y Anganguero,
 Probó bien cuánto á su patria
 Ama y defiende su pecho.

Jamás el rudo combate,
 Llegó á contemplar de lejos,
 Pues acompañado ó solo
 Entraba siempre el primero.
 Nunca contó al enemigo,
 Que donde estaba sabiendo,
 Se apresuraba á encontrarle
 Valiente pero sereno.
 Como todos, reposado
 Y más que todos, resuelto,
 Al comenzar el combate
 Al enemigo embistiendo,

Ni la cabeza inclinaba
 Para acometerle ciego,
 Ni con destemplados gritos
 Daba á sus huestes aliento;
 El valor en sus soldados
 Brotaba con sólo verlo,
 Que una enseña es su figura,
 Su calma estoica, un ejemplo.
 Nada resiste á su empuje
 Y abre un camino su acero,
 Por el que va la victoria
 Siempre sus huellas siguiendo.
 Los enemigos le temen;
 De la noche en el silencio
 Por todas partes esperan
 Como á un tigre sorprenderlo.
 Mas no valen emboscadas
 Y es vano cualquier intento,
 Que siempre burla sus planes,
 Desbarata sus proyectos
 Y los humilla y los vence,
 Y á tanto llega su esfuerzo
 Que como un ser protegido
 Por insondable misterio,
 Le miran propios y extraños :
 Tal es Nicolás Romero.

II

No tuvo Riva Palacio
 En aquel glorioso tiempo,
 Un soldado más adicto,
 Ni un amigo más sincero.
 Y cuéntese con que andaban
 Á su lado : Luis Robredo
 Que en Tacámbaro sucumbe
 Á los belgas combatiendo;
 El coronel Luis Carrillo
 Que en los muros de Querétaro,
 Al frente de sus soldados
 Exhaló el postrer aliento,
 Y Bernal, que en Urüapam
 Asaltando un parapeto
 Dejó escaparse la vida
 Por ancha herida en el pecho,
 Y otros héroes cuyos nombres
 En el polvo se escondieron,
 Y quedan allí esperando
 Que la Historia, Juez Supremo,
 Á la vida de la Gloria
 Los llame por justo premio.
 Por eso, como entre todos

Descuella el bravo Romero,
 Y como todos le juzgan
 En campaña el más experto,
 Dispone Riva Palacio
 Dejarle al mando el cuerpo
 Que ha combatido sin tregua
 En el Estado de Méjico,
 Mientras él marcha á encargarse
 En Michoacán del Gobierno
 Y á reunir las divisiones
 Del Ejército del Centro.
 Transcurren algunos días,
 Y órdenes tiene Romero
 De ir en Tacámbaro á unirse
 Con el resto del ejército.
 Obedece, como siempre,
 Precipita los aprestos,
 Y ya lista su brigada
 En marcha se pone luego.

III

Es azarosa y terrible
 La vida del guerrillero,
 Pero lo fué más que nunca
 Sostenida en aquel tiempo,
 Cuando flotaba triunfante

La bandera del Imperio
 Y árbitro de nuestra suerte
 Era Napoleón tercero.
 El porvenir asomaba
 Mostrando en el turbio cielo
 Anchas nubes tormentosas,
 Tristes horizontes negros,
 Y al pendón republicano
 Miraba con torvo ceño
 La victoria, sin dejarle
 Sus glorias y sus trofeos.
 ¡Soldados de las montañas!
 Unos vivos y otros muertos;
 Vuestra abnegación asombra
 En esa lucha, teniendo
 La muerte siempre á la vista,
 Y sin esperar el éxito
 El mundo os miró luchando,
 Que no soñabais más premio
 Que combatir por la patria
 Y morir por sus derechos.
 Hasta ignorabais humildes,
 Que de noche, en el silencio,
 Cuando las rojas hogueras
 Alumbran los campamentos,
 Pasaban entre las sombras,
 Vuestra causa bendiciendo
 Tres espíritus sublimes
 Que os dieran heroico ejemplo.

¡Hidalgo! de nuestras glorias
 Impulso, móvil y centro;
 Con él, un héroe que fuera
 De la Independencia el genio :
 ¡El invencible de Cuautla!
 ¡El intachable Morelos!
 Y con ambos la más viva
 Encarnación de este pueblo:
 El águila de su escudo
 ¡El indomable Guerrero!
 ¡Soldados de las montañas!
 ¡Nobles soldados del pueblo!
 ¡Los que tuvisteis por tienda
 Praderas, montes y yermos,
 Harapos por uniforme
 Y abrupto peñón por lecho!
 Sonará siempre mi lira
 Con algún acorde tierno,
 Al repetir vuestros nombres
 Y al relatar vuestros hechos.
 ¡Cuántos dormís en el polvo!
 ¡Cuántos, ya tristes y viejos,
 Entre olvido y amargura
 Vivís de vuestros recuerdos!
 Perdidas las ilusiones,
 Y la fe, muerta en el pecho,
 Contáis vuestras breves horas
 Envidiando á los que han muerto.
 Mi voz pretende sacaros

De tan hondo abatimiento,
 Que si en alas polvorosas,
 Lleva esas glorias el tiempo,
 Yo, que nací mejicano
 Arrebatárselas quiero
 Y como un grupo de soles
 Mostrarlas al Universo :
 ¡Soldados de las montañas!
 ¡Nobles soldados del pueblo!

IV

Como verjel escondido
 Entre montes gigantescos,
 En donde limpios arroyos
 Fertilizando aquel suelo,
 Cruzan entre las parotas,
 Retozan entre los ceibos,
 Y se ocultan en la grama
 Y después brotan ligeros,
 Brindando con sus cristales
 Á los ganados sedientos,
 Mientras se posan las garzas
 En los hojosos granjenos,
 Y las guacamayas cruzan
 Con tardo y pausa'no vuelo;

Hay un grupo que semeja
 Un palomar pintoresco,
 Formado de blancas chozas,
 En donde habitan contentos
 Con sus familias humildes,
 Francos y altivos rancheros.
 Cerca de cuarenta leguas
 Distará el naciente pueblo,
 De Zitácuaro, medidas
 Sobre escabrosos senderos;
 Papazindán se le llama
 Y de la guerra el aliento
 No ha nublado todavía
 El limpio azul de su cielo.
 Una mañana, se miran
 A los ardientes reflejos
 Del sol que nace, esos campos
 Poblados de guerrilleros.
 Allí pasaron la noche,
 Allí se ve el campamento
 Que formó la infantería
 De la Cañada en el centro,
 Y son aquellos soldados
 Que inspiran amor al pueblo
 Los que en constante campaña
 Manda Nicolás Romero.
 No esperan al enemigo
 Y como libres de riesgo,
 Olvidando las fatigas

Descansan todos contentos.
 De súbito, se oyen tiros
 Y blasfemias y denuestos,
 Y como huracán terrible
 Que no espera el mar sereno,
 Destrozando la maleza
 Y la tierra estremeciendo
 Furiosos se precipitan
 Enemigos regimientos,
 Acuchillando á su paso
 Y el espanto difundiendo,
 Sin dar á los más osados
 Para defenderse, tiempo.
 Tras ese alud de jinetes
 Los infantes vienen luego,
 Y lo que aquellos comienzan
 A consumir llegan éstos.
 Nada resiste á su empuje
 Y muertos ó prisioneros
 Quedan los que no han podido
 Ir por el bosque dispersos.
 Nada se sabe del jefe;
 Los franceses con empeño
 Por todas partes preguntan
 Si ha quedado vivo ó muerto,
 Mas como nada descubren
 Y al combate han dado término
 Para descansar escogen
 El lugar de aquel siniestro.

Dos horas después se mira
 Tan tranquilo todo aquello,
 Que un grupo de zuavos ríe
 Contemplando á un compañero
 Que en pos de arrogante gallo
 Corre afanoso y violento.
 El animal, ya rendido,
 Por salvarse emprende el vuelo
 Y entre las ramas de un árbol
 Esconde el pintado cuerpo.
 El zuavo llega en su busca,
 Alza los ojos atento
 Y descubre, entre el ramaje,
 Recatado un bulto negro;
 Lanza un grito de sorpresa,
 Requiere el arma violento,
 Y con grandes voces llama
 Á todos sus compañeros.
 Acuden, miran, discuten,
 Gritan y le intiman presto
 Que descienda, si no quiere
 Que sobre él rompan el fuego.
 Muévense entonces las ramas,
 Y lentamente, sin miedo,
 Baja por el tronco un hombre
 Que está vestido de negro.
 Á tal novedad acuden
 Más jefes y subalternos,
 Que á la par que lo contemplan

Le forman círculo estrecho.
 No le conoce ninguno,
 Más él, á todo resuelto,
 Les dice con voz tranquila :
 « Yo soy Nicolás Romero »
 Al escuchar ese nombre
 Temido por todos ellos,
 Y al contemplar desarmado
 Á quien vencido no vieron,
 Asoma en todos los rostros
 Con el asombro el contento.
El león de las montañas
 Presa del destino ciego,
 Mas debe al propio infortunio
 Que del contrario al esfuerzo
 Hallarse entre los franceses
 Desarmado y prisionero.

Aunque el sol naciente brilla
 Con deslumbrantes reflejos,
 De la ciudad opulenta
 Sobre el transparente cielo;
 Hay algo que no se explica,
 Que pesando sobre Méjico
 Hace que la luz se mire

Con un color ceniciento,
 Y alumbre calles y plazas
 Como la antorcha de un féretro.
 Los ánimos conturbados,
 Los corazones opresos,
 Tristeza por todas partes,
 Por todas partes silencio.
 El menos sagaz comprende
 Que se prepara un suceso
 Tan triste, tan pavoroso,
 Tan terrible, tan funesto,
 Que al presentirlo semeja
 La ciudad un cementerio.
 Desde que rayó la aurora,
 En la penumbra se vieron
 Marchar silenciosamente
 Del enemigo extranjero,
 Los pesados escuadrones,
 Los compactos regimientos.
 No distante de la plaza
 En el oriental extremo
 De la ciudad, se descubre
 Vecina de los potreros
 De Aragón, desierta plaza
 De triste y misero aspecto.
 Cierran su humilde recinto
 Albergues de carboneros,
 Y pobres chozas que alfombran
 Guijarros y polvo seco.

Es la plaza de Mixcalco
 Que á todos infunde miedo
 Por ser sitio en que la pena
 Capital sufren los reos;
 La ha regado mucha sangre;
 Muchos el postrer aliento
 Lanzaron allí, mirando
 Aquel contorno siniestro.
 Por eso los grises muros
 Del ángulo norte izquierdo
 Son conocidos por todos
Como el rincón de los muertos.
 Va lentamente á esa plaza,
 En gruesas ondas el pueblo,
 En pos de los batallones
 Que van llegando en silencio.
 Fórmase el cuadro, se alinean
 Los zuavos en primer término,
 Y entre sus filas asoman
 Las anchas bocas de fuego.
 Detrás cazadores de África,
 Que con su marcial aspecto
 Á la inquieta muchedumbre
 Imponen mudo respeto.
 Alzase un rumor de pronto
 Como el mar que ruje fiero.
 Abren paso los soldados,
 Entra todo en movimiento,
 Y en el cuadro se presenta

El funerario cortejo
 Con el que van al cadalso
 Cuatro mártires del pueblo.
 Era el uno Roque Flores,
 Un valeroso sargento;
 El otro Encarnación Rojas,
 Alférez del mismo cuerpo;
 Higinio Álvarez, altivo
 Comandante muy apuesto
 En un tricolor zarape
 Con suma elegancia envuelto,
 Y con ellos muy tranquilo
 Como quien marcha á paseo,
 El valor en la mirada
 Y fumando y sonriendo,
 Al patíbulo, glorioso
 Llega Nicolás Romero.
 Fórmase á los cuatro en fila,
 Reina fúnebre silencio,
 Los tiradores preparan,
 Se da la señal de fuego,
 Y al tronar de los fusiles,
 El grito de ¡Viva Méjico!
 Brotando de aquellas bocas,
 Va con su postrer aliento
 Por el cielo de la patria
 En nubes de gloria envuelto.

VI

¡Soldados de las montañas!
 ¡Nobles soldados del pueblo!
 Sobre vuestras tumbas crecen
 Inmarcesibles y eternos,
 Los laureros con que adornan
 Los inmortales sus templos.
 Humildes desde la cuna
 Nacisteis en el silencio
 Y á la luz del patriotismo
 Que se encendió en vuestros pechos
 La historia imparcial, severa,
 Grabó con buril de fuego
 Vuestros nombres en sus altos
 Perdurables monumentos!

PRIMERO ES LA PATRIA

A MI FEATERNAL AMIGO RAFAEL DE ZAVAS ENRÍQUEZ

Apenas por el oriente
 Entre celajes de plata,
 Y disipando las sombras
 Aparece la mañana;
 Cuando el eco despertando
 De la desierta montaña,
 El estampido sonoro
 Del cañón difunde alarma.
 Precipitados los belgas
 Que á Tacámbaro resguardan,
 En las trincheras se agolpan
 Y al combate se preparan.
 Ya de una altura descenden
 Las fuerzas republicanas
 Y vibran de las cornetas
 Las notas limpias y claras.

Se miran los batallones
 Que denso polvo levantan,
 Marchando pausadamente
 De las lomas por la falda.
 La división es aquella
 Que en la constante campaña,
 Del Ejército del Centro
 Nicolás Régules manda.
 En ella cuéntanse muchos
 Jóvenes en cuyas almas,
 El patriotismo ha encendido
 Su pura y ardiente llama,
 Que al llevarlos al combate
 Vencer ó morir les manda,
 Los estimula y anima
 Luis Robredo y le acompaña
 De valor y de fe lleno
 José Vicente Villada.
 Va á comenzar el combate,
 De prisa el sol se levanta
 Y los ayudantes cruzan
 Entre columnas cerradas;
 Se apresta la artillería
 Y ocupan la retaguardia
 Los escuadrones formados
 Y listos para la carga.
 Ya los jefes impacientes
 Sólo la señal aguardan
 Para emprender atrevidos

El asalto de la plaza.
 Ya Régules se dispone
 A dar la voz esperada,
 Cuando llega un hombre á escape
 Corriendo desde la plaza.
 El General al mirarle
 Le tiende la mano franca
 Y con gran fatiga el otro
 Le dirige la palabra.
 — Que no hagan fuego, le dice,
 Que en la trinchera cercana,
 En esa que se divisa
 De la ciudad á la entrada,
 Han colocado los belgas
 Al rayar de la mañana,
 Á los que usted en el mundo
 Más considera y más ama :
 ¡ Están su esposa y sus hijos !
 Pues quieren si usted ataca
 Que reciban los primeros
 La mortífera descarga. —
 Régules queda en silencio
 Y luego con mucha calma,
 Á los artilleros grita :
 — ¡ Fuego ! ¡ Primero es la Patria ! —
 Al sonar su voz retumba
 El cañón y se levanta
 La espantosa gritería
 De las columnas en marcha.

Pero un eco más terrible
 Régules siente en el alma,
 Pensando donde la muerte
 Llevado habrá la metralla.
 Sus ojos no se humedecen,
 Ni su faz se torna pálida
 Y sólo en el entrecejo
 Sus pensamientos se marcan.
 — Avancen, les grita, avancen,
 Y haciendo brillar su espada
 Entre densas nubes de humo
 Impasible se adelanta.
 ¡ Con cuánto valor defienden
 Los imperiales la plaza !
 ¡ Con cuánto arrojo combaten
 Las huestes republicanas !...
 Suyas las primeras líneas
 Después de tenaz batalla,
 Los asaltantes ocupan
 Trincheras, calles y casas.
 Reconcéntrese los belgas
 En la iglesia y se preparan
 Á hacer una resistencia
 Terrible y desesperada.
 La gente va resbalando
 De fresca sangre en las charcas,
 Y hay tantos muertos que oponen
 Dificultad á la marcha.
 Los soldados tropezando

Y cayendo se adelantan
 Hasta cercar la parroquia
 Entre una lluvia de balas.
 Allí cubierto de gloria
 Y de la patria en las aras,
 El coronel Luis Robredo
 El último aliento exhala.
 Tras dos horas de combate
 La tropa mira asombrada
 Que la iglesia se corona
 Con un penacho de llamas.
 Cunde el fuego, el humo denso
 En anchas nubes se escapa,
 Y en remolinos de chispas
 Por las abiertas montañas;
 Y se estremecen los muros,
 Y las puertas se desgajan
 Y crujiendo se desploman
 Los techos sobre las masas.
 Los imperiales se rinden
 Y de la heroica batalla,
 El éxito y el arrojo
 Lleva en sus ecos la fama;
 Y cuando ya la victoria
 Anuncian alegres dianas,
 Régules vuelve á sus hijos,
 Vuelve á su esposa y se pasma
 De ver como respetaron
 Sus corazones las balas;

Y al estrechar en sus brazos
 Aquellas prendas del alma,
 Escucha como repite
 En torno suyo la Fama,
 Grabándolas en la Historia
 Aquellas nobles palabras,
 Que más que Guzmán el Bueno
 Y más que un hijo de Esparta,
 Lanzó diciendo á sus tropas :
 « ¡Fuego ! » « ¡ Primero es la Patria ! »

LOS FUEROS DEL VALOR

A LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA DUQUESA DE PRIM

Bajo los candentes rayos
 Del rojo sol de la costa,
 Sobre secos arenales
 Cuyos vapores sofocan,
 En donde el viento no cruza
 Ni la nube bienhechora
 Sobre el agotado suelo
 Arrastra indecisa sombra;
 Huyendo de la epidemia
 Que en Veracruz diezma y corta
 De franceses y españoles
 A las aguerridas tropas,
 Vienen ambas caminando
 Hacia la falda escabrosa
 De Acultzingo, por convenio
 De los jefes de unas y otras
 A quienes da su permiso

El Gobierno, de que pongan
 Sus cuarteles en las plazas
 Que clima benigno gozan.
 Mas tal convenio que hoy día
 De la *Soledad* se nombra,
 No le fué comunicado
 A un jefe que en tales horas
 El camino custodiaba
 Con una fuerza muy corta.

No más de doscientos hombres
 Aunque resueltos, la forman,
 Y órdenes tiene severas
 De impedir á toda costa
 El paso, por aquel punto
 De las fuerzas invasoras.

Al ver venir á lo lejos
 Con marcialidad y pompa,
 Las legiones franco-rberas,
 Y que sin recelo toman
 Del camino de las cumbres
 La carretera más próxima,
 Dispone luego á su gente
 Que las armas tiene prontas
 Y se planta en son de guerra
 Donde más el paso estorba.

Al divisar los que llegan
 Tan extraña maniobra
 A su general en jefe
 Dan parte de que se notan

Preparativos de ataque
 Lo cual á todos asombra
 Era Prim el que mandaba
 El ejército, y de boca
 De sus soldados sabiendo
 Novedad tan sospechosa,
 Adelanta un emisario
 Que blanca bandera porta
 Para preguntar al jefe
 La razón, pues que la ignora,
 Que tiene para oponerse
 Á la marcha de sus tropas.
 Rápido va el emisario,
 Los opuestos lindes toca,
 Con el jefe mejicano
 Muy en breve se apersona,
 Y le refiere el convenio,
 Le dice por qué la costa
 Han dejado, por qué vienen
 Á acampar sobre las lomas.
 Atento le escucha el otro
 Y dando respuesta pronta
 Le dice que tal convenio
 No conoce, y pues ignora
 Y órdenes no ha recibido
 Que á la consigna se opongan,
 Habrá de luchar con ellos
 Sin contar, pues no le importa
 Ni los que á su lado tiene,

Ni los que vienen en contra.
 — Somos muchos.
 — No los cuento.
 — Tenéis muy pocos.
 — Me sobran;
 Para morir por la patria
 No he menester gran escolta.
 — Pasaremos
 — No lo dudo;
 Sangrienta será la alfombra.
 — ¿No cedéis?
 — Aunque viniera
 Contra mí toda la Europa.
 — ¿Eso le digo á mi jefe?
 — Y agregad por cuenta propia
 Cuanto gustéis, yo sostengo
 Un reto que me acomoda.
 Vuelve el mensajero triste,
 Habla con Prim y le abona
 El valor del adversario,
 Valor que á todos asombra.
 Después de escuchar atento,
 Dice Prim que reflexiona :
 — De acometer á esos hombres
 Es segura su derrota,
 Mas el éxito sería
 Vergüenza más que victoria.
 Soldados que así obedecen,
 Valientes que así se portan

En tan solemnes momentos,
Merecen respeto y honra,
Y honra y respeto ha de darles
Nuestra bandera española.

Y después de decir esto
Manda hacer alto á las tropas
Y al general mejicano
Pone al momento una nota
Refiriendo lo que pasa
Y pidiendo que disponga
Que el paso no les impida
Aquel jefe á quien pergona
Caballeroso y valiente,
Cuyo atrevimiento elogia.

En comunicar tal orden
Trascurren más de tres horas,
Y todo ese tiempo quedan
Sufriendo el sol de la costa
Tendidas á campo raso
Las legiones invasoras.

Suena al fin, de los clarines
La voz, indicando ronca,
Que vuelve á ponerse en marcha
La ya fatidaga tropa.

Ordónanse las columnas,
Y entre nubes polvorosas,
Se deslizan lentamente
Sobre las tendidas lomas.
Llegan al punto que guarda

El jefe que pocas horas
Antes, les detuvo el paso,
El cual con su gente forma
A la izquierda del camino
En actitud silenciosa.

Al cruzar la descubierta
Por aquel punto, se asoma
Al rostro de los que vienen
La curiosidad más honda
Por conocer al osado
Que obtiene al fin la victoria,
Pues con su valor, tan sólo
Tanto tiempo el paso estorba.
Y con respeto le miran,
Y con cariño le nombran,
Y ya van lejos, y el rostro
A cada segundo tornan.

Sobre un corcel arrogante
Que agita su crin sedosa,
Y con la espuma del freno
El nervudo pecho moja,
Llega Prim, y diligente
Con la corte numerosa
De ayudantes que le siguen
Y de amigos que le escoltan,
Al jefe busca y lo encuentra,
Y al mirar que cuando nota
Su presencia se adelanta,
Pica al caballo, y la pronta

Mano tendiendo le dice :

— « Caballero, á mucha honra
Tengo en conocer á un bravo
Que de su patria es la gloria;
Nación que tiene soldados
Como el que marcó á mis tropas
El alto, cuando tenía
Por segura la derrota,
Es nación á quien reserva
Grandes páginas la historia —.

Vuelve á oprimirle la mano,
Y antes que el otro responda,
Entre una nube de polvo
Gana camino en las lomas
Ensalzando a aquel valiente
Con los que á su lado trotan.

Han pasado muchos años;
La basilica de Atocha,
Guardando de Prim el sueño
Bajo sus macizas bóvedas .
Conserva el recuerdo vivo
De su valor, y la gloria
Alcanzada en Castillejos
Por las armas españolas.

También en eterno sueño
En nuestro suelo reposa
El temerario soldado
Que á Prim el paso le corta
Sin medir número, fuerza,

Ni el gran peligro que afronta,
El coronel Félix Díaz
Á quien recuerda la historia
Como altivo y como osado,
Como valiente y patriota.